

Sociología

LAS BASES DOCTRINALES DE UN MOVIMIENTO PATRONAL CATOLICO

Nuestra época pasará a la historia con particular relieve por las profundas sacudidas sociales en ella experimentadas, determinantes de la evolución de la Humanidad.

La conmoción no solamente agitó la exterior superficie de los hechos, sino que se adentró en las profundidades de los espíritus. Allí los choques fueron más violentos. Concepciones diametralmente opuestas se afrontaron. El mundo ha quedado convertido en un cerrado campo de batalla. La oposición entre el **Marxismo** y **Cristianismo** ha podido considerarse como la última de las guerras de religión.

Siempre la abnegación y caridad cristiana velaron con gesto fraternal por los pobres y desheredados del mundo. En tiempos más recientes no escasearon las iniciativas de quienes pusieron su empeño en liberar a la clase obrera de las inhumanas condiciones de vida que el trabajo moderno le impone. Pero hay que confesar que todos nuestros esfuerzos fueron obra de personas particulares. Tan sólo desde hace un cuarto de siglo vemos aparecer en algunos países de Europa las **Asociaciones de Patronos Católicos**, que, agrupando en su seno a los hombres de negocios, procuran infundirles el sentido social necesario para la solución de los graves problemas obreros.

Al establecerse hace veinticinco años el balance de la actividad desplegada por las organizaciones obreras, el Papa Pío XI debía sin embargo, lamentarse de que no hubiera sucedido lo mismo con las Asociaciones que León XIII deseaba ver formadas entre los Patronos y Jefes de la Industria. "Lamentamos —decía— que tales Asociaciones sean todavía escasas. Más eso debe atribuirse no sólo a la voluntad de los hombres, sino a las dificultades más graves que se oponen a tales agrupaciones; dificultades que Nos conocemos muy bien y ponderamos en su justo peso. Abrigamos con todo la esperanza de que en breve desaparecerán esos impedimentos, y aun ahora, con íntimo gozo de nuestro corazón, saludamos ciertos ensayos felizmente emprendidos y cuyos actuales resultados prometen más sazonados frutos para el porvenir". (Encíclica *Quad. Anno*, n. 12).

Como haciendo eco a estas palabras del Pontífice, las Asociaciones Patronales Católicas se multiplicaron por el mundo. Hoy día se agrupan compactamente en la **UNION INTERNACIONAL DE ASOCIACIONES PATRONALES CATOLICAS (UNIAPAC)**.

En el presente artículo vamos a exponer las bases doctrinales, que a la luz de recientes acontecimientos, nos revelen cuán urgente sea la acción social de los patronos de nuestro tiempo, y cuán necesario que todos ellos se asocien y conjuguen sus esfuerzos para realizar su vocación de cristianos, respondiendo de ese modo a los deseos del actual Pontífice, tan paternalmente preocupado por la suerte de las clases trabajadoras y por la paz general del mundo.

La esencia de nuestro artículo podría condensarse en la siguiente pregunta: "¿Qué razón hay para crear en todos los países Asociaciones de Patronos y Dirigentes Económicos Cristianos?"

Antes de responder directamente a la pregunta, vamos a reflexionar un poco sobre el papel que la función patronal representa en la actualidad.

Es evidente que la riqueza de un país depende de las iniciativas y del trabajo de sus moradores. A los hombres de negocios, a los ingenieros y técnicos, les compete el magnífico papel de explotar los recursos de la naturaleza, de servirse de las maravillas y descubrimientos científicos, para lograr la máxima satisfacción de las necesidades humanas, pero mediante una actividad no exenta de riesgo.

Hay quienes pretenden que el desarrollo económico de las naciones, el bienestar de los individuos, deben depender hoy día del Estado, que asumiría sobre sí todas las responsabilidades económicas. En los países europeos, sometidos al yugo de las democracias populares, tal acaparamiento de poder es ya un hecho.

Sin embargo, nosotros, como cristianos, tenemos el singular privilegio de disponer de una doctrina segura que sabe definir con nitidez cuál es la esfera de la competencia del Estado y qué campos quedan reservados a la iniciativa de los particulares.

En un memorable discurso a la UNIA-PAC —7 de mayo de 1949— el Sumo Pontífice Pío XII lo recordaba con claridad: 'Hacer del Estatismo la regla normal de la organización pública de la economía, sería trastornar el orden de las cosas. La misión del derecho público es en efecto servir al derecho privado, no absorberlo. La economía, como cualquier otro ramo de la actividad humana, no es por su misma naturaleza una función del Estado. Al contrario es el producto vivo de la libre iniciativa de los individuos y de las agrupaciones por ellos libremente constituidas'.

Si recapacitamos sobre la importancia de la función patronal en las actuales circunstancias, nos percatamos de que el Jefe de Empresa es una de las piedras angulares sobre las que descansa el edificio social. Como decía muy bien el Profesor MINVILLE de Montreal: "El Patrono es uno de los grandes tipos sociales de nuestra época. Representante y celador de la empresa privada, carga sobre sus hombros inmensa responsabilidad. Artesano de la revolución industrial en el pasado siglo, es hoy día el eje en torno al cual gira la revolución social de nuestros tiempos. Será su primera víctima si no se posesiona de su papel".

Para que los patronos puedan desempeñar su misión con el celo del deber moral, es preciso que en la precipitada evolución del mundo, se adiestren y formen cada vez mejor, de manera que sepan intervenir en los acontecimientos con capacidad y eficacia.

Con frecuencia se ha identificado el papel de los patronos y la misión de sus organizaciones profesionales con la mera defensa de sus intereses privados. Hay quienes ponen el fin de las Asociaciones Patronales en la oposición concertada y en la defensa total frente a las reivindicaciones obreras o la inter-

vención del Estado. Concebir de esta suerte la función patronal, sería condenarla de antemano al fracaso.

Por poderosa que fuera su acción, y por más eficaces que resultaran sus intervenciones, ¿qué podría oponer hoy día el mundo patronal a la corriente igualitaria, a la fuerza política de que el sufragio universal dotó a las masas obreras, sobre todo si se parapetara tras una organización meramente defensiva de intereses pecuniarios?

Cristiana, o no cristiana, toda organización patronal no tendrá sentido si no descansa sobre una enseñanza de la misión patronal.

El Patronado necesita una teoría que le guíe en su acción, que le sirva de apoyo en su comportamiento frente a los Poderes Públicos y las masas trabajadoras. Es necesario que dicha doctrina descansa sobre bases filosóficas y morales, sociales y económicas sanas y firmes. Así no estará sometida al fuego de las controversias, a los choques de opinión, y sobre todo no aparecerá como un pretexto para la salvaguarda de intereses creados y bien organizados.

Es cierto que algunas agrupaciones patronales pueden hacer abstracción de toda preocupación religiosa y colocar su acción bajo el signo de la más estricta neutralidad. Pueden llegar a ponerse de acuerdo sobre ciertos principios básicos, como la unidad de mando en la empresa, el respeto a la propiedad privada. Pero tal unanimidad de criterio sería negativa, puramente defensiva, insuficiente para conseguir que el Patronado lleve a cabo la misión a la que está llamado. "Los hombres de negocios —citamos de nuevo al Prof. MINVILLE— son hoy día víctimas del Liberalismo trasnochado, pero que sigue rigiendo la práctica de los negocios, o al menos las ideas de las que procede el régimen de los negocios". Al reducirlo a la función de puro técnico consagrado a la administración de las riquezas, y sin otro deber que acumular nuevas y mayores fortunas, el liberalismo decapitó al hombre de empresa.

La fuerza de una organización reside en su unidad. Y esa unidad es imposible sin una base ideológica y confesional. En una época, en la que más que nunca, las ideas son rectoras del mundo se sienten incapaces de justificar los móviles de su acción, de fijar el fin de sus anhelos. No poseen una concepción equilibrada de la vida social. Sin

el amparo de una filosofía social, de una moral profesional, y aun del dogma religioso es imposible escapar a las disenciones teóricas, a la incertidumbre en la acción social y económica.

En cambio, en la inmensa confusión de las ideas y sistemas de nuestra época, gracias a las riquezas espirituales de la religión cristiana, merced a la autoridad incomparable de la doctrina social de la Iglesia, el patrono católico está armado de muy distinta manera, conoce mucho mejor su deber, sus derechos, sus responsabilidades. Sabe en qué dirección hay que buscar la solución del grave problema social. Cae en la cuenta de que el remedio de los males presentes no se puede encontrar en ninguna de las tendencias derivadas del marxismo. Como también que el pensamiento liberal, al suprimir el carácter social y moral de la vida económica es incapaz de crear la necesaria armonía en las relaciones sociales. El Patrono Cristiano sabe con certidumbre sobre qué bases descansa su autoridad, de dónde dimanar su derecho a la iniciativa privada y a la propiedad personal.

Ante el eterno problema del trabajo asalariado, con las duras servidumbres que acarrea, la doctrina social de la Iglesia enseña al Patrono a moderar su imperio con una justa distribución de las ganancias, con la creación de una verdadera **comunidad de trabajo**, de intereses y aspiraciones entre todos los participantes de la empresa. Para el Patrono Cristiano, la vida social y económica adquiere su verdadero significado. Se siente parte integrante de la creación, creen en la vida y en los éxitos económicos, pero no se deja esclavizar por ellos. El riesgo, ese riesgo razonable, que para muchos define la función empresarial, adquiere para el Patrono Cristiano un valor espiritual, un valor **creador** que aprovechará a toda la humanidad.

La idea cristiana ha dado también su sentido al trabajo. En este, en cualquier forma que se ejercite, en todos los grados de la jerarquía social, la valorización de los dones recibidos de Dios. Para el cristiano no existe trabajo degradante, ni trabajo privilegiado. El Jefe de Empresa y el más humilde peón de la fábrica pueden alternar en perfecta igualdad y dignidad. Ambos cumplen con el trabajo que la Providencia les asignó, y si lo hacen con honradez y conciencia, serán iguales ante Dios.

Dentro de esa concepción cristiana, las relaciones sociales y la oposición

de intereses son dominados por la magnífica conciencia de la dignidad humana, del respeto al hombre por el hombre, del verdadero amor del prójimo. Si se quiere resumir en una frase la posición del patrono cristiano ante los problemas económico-sociales de la actualidad, podría asegurarse que su gran fuerza reside en la conciencia que posee, **de que viviendo su fe, estará siempre en lo cierto, pensará justamente.**

A los incrédulos, esta seguridad podrá parecer simplista pero ¿qué católico querrá renunciar a ella?

Somos en el mundo centenares de millones los que comulgamos con las mismas ideas, y esto es lo que nos une con fuerte lazo a través de todos los continentes. Ahí está nuestro poder.

Enfocadas así las cosas, las organizaciones patronales vienen a desempeñar un papel bien definido. Su primera y principal misión es la de confrontar, mediante sincero y profundo estudio, la actualidad social y económica con la doctrina de la Iglesia y la moral cristiana. Su principal tarea consiste en determinar, en la evolución de los días y de los hechos, el alcance exacto de dicha doctrina y los medios prácticos de aplicarla a la vida.

Cada día podemos comprobar que tanto en la vida social, como en la esfera profesional, la verdadera solución de los problemas ha de estar basada en la **justicia y en la equidad**. La conciencia es para el patrono no sólo un guía que le conduce a la eterna salvación, sino al mismo tiempo una maestra que le permite vislumbrar la solución de los más rudos conflictos privados. Las Asociaciones Patronales Católicas están llamadas a buscar en el estudio y mutua colaboración esas soluciones de justicia y equidad. Soluciones que deberán ser al mismo tiempo socialmente eficaces y económicamente viables y sanas.

Mirada bajo estas perspectivas resalta con mayor vigor la importancia de la misión de los Patronos Católicos. Así son muchos los países en los que los Gobiernos recurren más y más a las organizaciones patronales y obreras para prevenir los conflictos sociales y contribuir a su oportuna solución.

Un militante de nuestro movimiento exclamaba: "Ojalá cayeran en la cuenta los patronos de la gran influencia que podrían ejercer, si quisieran aprovecharse de ella". Para esto son necesarias las asociaciones patronales, para hacer servir ese influjo para el bien.

de todos. El mundo patronal debe hacer hoy día acto de presencia en la vida. Su acción es indispensable para el armónico desarrollo de la sociedad.

Sería imposible concebir una sociedad bien equilibrada, si sólo los dirigentes de las clases obreras se mostraran dinámicos y activos. Los patronos por otra parte pertenecen por su misma posición a la clase dirigente. Si las ideas cristianas, máximo exponente de la civilización occidental, no hallan entre ellos partidarios y defensores, ¿cómo podrá nuestra sociedad contrarrestar los gérmenes de desintegración y decadencia que la combaten?

La Historia de los últimos años nos demuestra cómo las organizaciones obreras fueron para las clases trabajadoras un poderoso medio de defensa y promoción de sus intereses. Al mismo tiempo lograron por la unión de los esfuerzos liberarse y emanciparse de todas las servidumbres. Pero la misma historia nos descubre que cuando tales organizaciones sufrieron la dominación marxista, el ambiente se vició de corrompido materialismo. Cuando las organizaciones fueron cristianas, la masa obrera permaneció fiel e inmunizada.

Frente a tales realidades, las organizaciones patronales no deberán ser menos, no pueden eclipsarse.

Como al principio decíamos, dos fuerzas antagónicas se oponen hoy día como formas irreconciliables de pensamiento. Ambas pretenden dar una solución lógica, realista e integral a los problemas sociales. Comunismo y Cristianismo dividen al mundo. El Comunismo, conocedor profundo de la psicología de las masas, sabe ir ganándose adeptos y secuaces. Ello constituye un serio peligro. Frente a él, el Sumo Pontífice recuerda incesantemente la **necesidad de una organización total de las fuerzas cristianas en el ámbito profesional**. Y pese a los efímeros triunfos del Comunismo y a los medios de que dispone, nosotros podemos ufanarnos de estar mejor armados. La respuesta que el Cristianismo aporta a la humanidad angustiada es más completa y pacificadora. Si el Comunismo venció temporalmente, ello se debe a la incuria de los cristianos que no supimos afirmar con fuerza y convicción unas concepciones avaladas por la experiencia de veinte siglos.

El Patronado Católico, al que tanto va en el juego y en la lucha de ambas ideas fuerzas de la humanidad puede inclinar la victoria por la mejor parte.

Ojalá un día pueda proclamar la Historia que hicimos honor a nuestro nombre y pertenencia a la clase patronal católica.

JUAN M^a LAUREYS, S. J.

Asesor de la Federación de Patronos
Católicos de Bélgica.

